



# ESCENAS DE VIDA BOHEMIA

## XIII

### EL HOGAR

Lo que vamos á relatar ocurrió algún tiempo después de haberse reunido el poeta Rodolfo y la señorita Mimi; hacía unos ocho días que todo el cenáculo bohemio estaba con inquietud por la desaparición de Rodolfo, que se había eclipsado súbitamente. Le habían buscado por todos los sitios que solía frecuentar, y en todas partes habían contestado lo mismo:

—No le hemos visto desde hace ocho días.



CAMP



Gustavo Colline, sobre todo, estaba poseído de grande inquietud, por el motivo siguiente. Algunos días antes había confiado á Rodolfo un artículo de alta filosofía que éste debía insertar en la sección de *Variedades* del periódico *El Castor*, revista de la sombrerería elegante, de la que era redactor en jefe. El artículo filosófico ¿había aparecido ya ante los ojos de la Europa admirada? Tal era el problema que preocupaba al desdichado Colline; y se comprenderá su ansiedad, cuando se sepa que el filósofo no había gozado aún de los honores de la imprenta, y que ardía en deseos de averiguar qué efecto produciría su prosa impresa en carácter de once puntos. Para satisfacer su amor propio, había gastado ya seis francos en sesiones de lectura en todos los salones literarios de París, sin encontrar en ellos *El Castor*. No pudiendo resistir más, Colline se juró no tomarse un minuto de descanso antes de haber puesto la mano sobre el desagradecido redactor de aquel periódico.

Merced á algunas casualidades que serían largas de explicar, el filósofo logró mantener su palabra. Dos días después, sabía perfectamente el domicilio de Rodolfo, y se presentaba en su casa á las seis de la madrugada.

Rodolfo vivía entonces en una casa amueblada de una desierta calle situada en el arrabal San Germán, donde había alquilado un cuarto en el quinto piso porque no había sexto. Cuando Colline llegó á la puerta, no halló la llave en la cerradura. Llamó durante diez minutos sin recibir respuesta del interior; el alboroto matutino llamó la atención del portero, que subió á rogar á Colline que cesara.





—Ya ve usted que ese caballero duerme—dijo.

—Por esto mismo quiero despertarle—respondió Colline llamando otra vez.

—Entonces, es que no quiere contestar—repuso el portero dejando al pie de la puerta de Rodolfo un par de botas de charol y un par de botinas de mujer, que acababa de limpiar.

—Espere usted—dijo Colline examinando los calzados masculino y femenino—¡botas de charol completamente nuevas! Habré equivocado la puerta, no es aquí donde vengo.

—Tendrá usted razón—asintió el portero—¿á quién busca usted?

—¡Botinas de mujer!—prosiguió Colline hablando consigo mismo y recordando las costumbres austeras de su amigo;—sí, decididamente me he equivocado. Esta no es la habitación de Rodolfo.

—Dispense usted, caballero, es aquí.

—Entonces ¿será usted el que me engaña, buen hombre?

—¿Qué quiere usted decir?

—Que seguramente se equivoca usted. ¿Qué quiere decir esto?

—Son las botas del señor Rodolfo; ¿qué hay en esto de extraño?

—¿Y éstas?—insistió Colline mostrando las botinas—¿son también del señor Rodolfo?

—Son de su señora—dijo el portero.

—¡De su señora!—exclamó Colline estupefacto.

—¡Ah, el libertino! He aquí porque no quiere abrir.

—¡Diantre!—dijo el portero,—el joven es bien libre de sus acciones. Si quiere usted dejarme su nombre, se lo participaré al señor Rodolfo.



—No—dijo Colline;—ahora que sé donde encontrarle, ya volveré.—Y se marchó inmediatamente á comunicar la gran noticia á sus amigos.

Las botas de charol de Rodolfo fueron consideradas, por lo general, de fábula debida á la riqueza de imaginación de Colline, y fué declarado por unanimidad que la tal amante era una paradoja.

Aquella paradoja, sin embargo, era una verdad; pues aquella misma noche Marcelo recibió una carta colectiva para todos los amigos. Dicha carta estaba concebida así:

«Los cónyuges Rodolfo, literatos, les ruegan se sirvan honrarles yendo á comer á su casa mañana por la noche, á las cinco en punto.

Nota.—Habrá cubiertos.»

—Señores,—dijo Marcelo comunicando la carta á sus camaradas,—la noticia se confirma: Rodolfo tiene realmente una amante; además, nos invita á comer,—prosiguió Marcelo—y en una postdata promete que habrá vajilla. No os oculto que este párrafo me parece una exageración lírica; no obstante, ya lo veremos.

Al día siguiente, á la hora señalada, Marcelo, Gustavo Colline y Alejandro Schaunard, hambrientos como el último día de cuaresma, se dirigieron á casa de Rodolfo, á quien encontraron jugando con un gato colorado, mientras que una mujer joven iba disponiendo la mesa.

—Señores—dijo Rodolfo estrechando la mano de sus amigos y designando á la mujer joven—permitid que os presente á la dueña de esta casa.

—¿Eres tú la casa?—dijo Colline, que tenía la lepra de ese género de juego de palabras.

—Mimi—respondió Rodolfo,—te presento á mis mejores amigos; y ahora ve á preparar la sopa.

—¡Oh, señora!—dijo Alejandro Schaunard acercándose presurosamente á Mimi, es usted fresca como una rosa silvestre.

Después de convencerse de que había realmente cubiertos en la mesa, Schaunard se informó de lo que había para comer. Y llevó su curiosidad hasta el extremo de levantar las tapaderas de las cazuelas donde se estaba guisando la comida. La presencia de una langosta le produjo honda impresión.

En cuanto á Colline, había llevado aparte á Rodolfo para pedirle noticias de su artículo filosófico.

—Querido amigo, está en la imprenta. *El Castor* saldrá á la luz el próximo jueves.

Renunciamos á describir la alegría del filósofo.

—Señores—dijo Rodolfo á sus amigos,—os pido que perdonéis si he permanecido tanto tiempo sin daros noticias mías; pero es que estaba en la luna de miel.—Y explicó la historia de su unión con aquella encantadora criatura que le había llevado en dote sus diez y ocho años y seis meses, dos tazas de porcelana y un gato rojo, que se llamaba Mimi como ella.

—Vamos, señores—dijo Rodolfo,—vamos á celebrar la fiesta de mi hogar. Os prevengo, no obstante, que vamos á tener una comida de artesanos; las trufas serán reemplazadas por la más franca cordialidad.

En efecto, aquella simpática diosa no cesó ni por un momento de reinar entre los comensales, que hallaban, sin embargo, que aquella comida, llamada frugal, no carecía de buenas disposicio-



nes. Rodolfo se había excedido, efectivamente. Colline hacía notar que se cambiaban los cubiertos, y declaró en alta voz que la señorita Mimi era digna de la banda azul con que se condecora á las emperatrices del fogón, frase que era completamente *sanscrita* para la joven, y que Rodolfo tradujo diciéndole: «que sería una excelente cordón azul.» (1)

La entrada en escena de la langosta produjo universal admiración. So pretexto de que había estudiado historia natural, Schaunard pidió que se la dejaran partir; y se aprovechó de esta circunstancia para romper un cuchillo y para adjudicarse la mejor parte, lo que excitó la indignación general. Pero Schaunard no conocía el amor propio, en materia de langosta sobre todo; y viendo que aun quedaba una porción, tuvo la audacia de separarla, diciendo que le serviría de modelo para un cuadro de naturaleza muerta que estaba pintando.

La indulgente amistad cerró los ojos ante esta mentira, hija de una inmoderada glotonería.

En cuanto á Colline, reservaba todas sus simpatías para los postres, y se obstinó cruelmente en no querer cambiar su parte de pastel al ron por una compota de naranjas de Versalles que le proponía Schaunard.

Desde aquel momento, la conversación se fué animando. A las tres botellas con lacre encarnado sucedieron tres botellas con lacre verde, en medio de las cuales bien pronto se vió aparecer un frasco que por su cuello rematado en un casco de plata,

(1) Con el título de *cordón bleu* se designa en Francia á las cocineras.

se reconoció que formaba parte del regimiento de Champañeses Reales, un champaña de fantasía cosechado en las viñas de Saint-Ouen, y vendido en París á dos francos la botella, por tener que liquidar las existencias, según aseguraba el comerciante.

Pero la verdad es que el país no hace el vino, y nuestros bohemios aceptaron como Ai (1) auténtico el licor que les sirvieron en copas *ad hoc*; y á pesar de la poca presteza con que saltó el tapón de su cárcel, se deshicieron en lenguas sobre la buena calidad del líquido viendo la cantidad de espuma que levantaba. Schaunard empleó la serenidad que le quedaba en equivocarse de copa tomando la de Colline, quien mojaba gravemente su bizcocho en el tarro de la mostaza, mientras explicaba á la señorita Mimi el artículo filosófico que debía salir en *El Castor*: luego, palideció súbitamente y pidió permiso para ir á la ventana á contemplar el sol poniente, si bien eran ya las diez de la noche y el sol hacía rato que dormía.

—Es lástima que el champaña no sea helado— dijo Schaunard tratando de substituir su copa vacía con la copa llena de su vecino, tentativa que no tuvo ningún éxito.

—Señora—decía á Mimi Colline, que había dejado de tomar el aire,—el champaña se refresca con hielo, el hielo se forma con la condensación del agua, *aqua* en latín. El agua se hiela á dos grados, y hay cuatro estaciones, el estío, el otoño y el invierno; éste fué causa de la retirada de Rusia; Rodolfo, dame un hemistiquio de champaña.

(1) Ai, territorio de la Champaña.



—¿Pero, qué es lo que dice tu amigo?—preguntó á Rodolfo Mimi, que no comprendía una palabra.

—Es una palabra poética—respondió éste;—Colline quiere decir *media copa*.

De pronto Colline golpeó bruscamente en el hombro á Rodolfo, y le dijo con acento dificultoso, como si las sílabas se le pegaran á la boca:

—¿Mañana es jueves, no es cierto?

—No—respondió Rodolfo,—mañana es domingo.

—No, jueves.

—No, te repito; mañana es domingo.

—¡Ah! domingo—exclamó Colline meneando la cabeza,—yo insisto en que maña...na es jue...ves.

Y se durmió amoldando su cara en el queso á la crema que estaba en su plato.

—¿Qué quiere decir con su jueves?—preguntó Marcelo.

—¡Ah! ahora recuerdo—dijo Rodolfo que empezaba á comprender la insistencia del filósofo, atormentado por su idea fija;—se trata de su artículo para *El Castor*... Mirad, ahora lo sueña en voz alta.

—¡Bueno!—dijo Schaunard,—no tendrá café ¿verdad, señora?

—A propósito—dijo Rodolfo,—puedes servirnos el café, Mimi.

Iba á levantarse ésta, cuando Colline, que se había serenado algo, la detuvo por la cintura y le dijo confidencialmente al oído:

—Señora, el café es originario de Arabia, donde fué descubierto por una cabra. Su uso fué traído á Europa. Voltaire tomaba sesenta y dos tazas al

día. A mí me gusta sin azúcar, pero lo tomo muy caliente.

—¡Jesús, qué sabio es este señor!—pensaba Mimi trayendo el café y las pipas.

Mientras tanto el tiempo iba transcurriendo; habían dado las doce de la noche hacía largo rato, y Rodolfo trató de dar á entender á sus convidados que era ya hora de retirarse. Marcelo, que había conservado toda su serenidad, se levantó para marcharse.

Pero Schaunard se apercibió de que aun quedaba aguardiente en una botella, y declaró que no llegaría la media noche mientras quedara una gota en el frasco. En cuanto á Colline, se había puesto á horcajadas en su silla y murmuraba en voz baja:

—Lunes, martes, miércoles, jueves...

—¡Demontre!—decía Rodolfo apurado—no es posible que se queden aquí esta noche; en otro tiempo, conformes; pero ahora es otra cosa—añadió mirando á Mimi, cuyos ojos, dulcemente iluminados, parecían desear la soledad de los dos.

—¿Cómo lo haremos? Aconséjame tú, Marcelo. Inventa un pretexto para alejarles.

—No, yo no inventaré—dijo Marcelo—pero imitaré. Me acuerdo de una comedia en la que un camarero inteligente halla la manera de echar fuera de la casa de su amo á tres villanos borrachos como Sileno.

—Ya me acuerdo—dijo Rodolfo,—es en el *Kean*. Tienes razón, la situación es la misma.

—Pues bien—dijo Marcelo—vamos á ver si el teatro es la verdad. Espera un momento, empezaremos por Schaunard. ¡Eh! ¡Schaunard!—gritó el pintor.



—¡Hum! ¿qué hay?—respondió éste que parecía nadar en el piélagó azul de una dulce embriaguez.

—Hay, que no hay nada para beber aquí, y que todos tenemos sed.

—¡Ah, sí!—dijo Schaunard—¡cabe tan poco en estas botellas tan pequeñas!

—Pues bien—prosiguió Marcelo—Rodolfo ha decidido que pasemos la noche aquí; pero hay que ir á buscar alguna cosa antes de que se cierren las tiendas...

—Mi droguero vive en la esquina de esta calle—dijo Rodolfo.—Schaunard, tú deberías ir. Toma dos botellas de ron de mi parte.

—¡Oh sí, sí! ¡oh sí, sí!—dijo Schaunard equivocándose de paletó y tomando el de Colline, quien dibujaba arabescos en el mantel con el cuchillo.

—¡Y va uno!—dijo Marcelo cuando Schaunard hubo salido.—Pasemos ahora á Colline; éste será más duro de roer. ¡Ah! una idea. ¡Eh! ¡eh! Colline,—exclamó meneando con violencia al filósofo.

—¿Qué?... ¿qué?... ¿qué?...

—Schaunard acaba de salir y ha tomado por error tu gabán avellana.

Colline miró á su alrededor y observó efectivamente, que en el sitio donde estaba su abrigo, había la casaquilla á cuadros de Schaunard. Una repentina idea atravesó su espíritu llenándose de inquietud. Colline, según su costumbre, había estado aquella mañana en el mercado de libros de lance, y había comprado por quince sueldos una gramática finlandesa y una novelita de M. Nisard, titulada: *El entierro de la Lechera*. A esas dos adquisiciones había que añadir siete ú ocho volú-

menes de alta filosofía, que llevaba siempre consigo, á fin de tener un arsenal donde buscar argumentos en caso de discusión filosófica. La idea de que esta biblioteca estaba en manos de Schaunard le produjo un sudor frío.

—¡Ah, pillo!—gritó Colline—¿por qué se ha llevado mi gabán?

—Por equivocación.

—Pero mis libros... Me los puede estropear.

—No tengas cuidado, no los leerá—dijo Rodolfo.

—Sí, pero le conozco bien; es capaz de encender su pipa con ellos.

—Si no estás tranquilo, aun puedes alcanzarle—dijo Rodolfo,—acaba de salir en este instante; le encontrarás en la puerta.

—¡Vaya si le encontraré!—respondió Colline poniéndose el sombrero, de alas tan anchas, que se podía servir en ellas un té para diez personas.

—Y van dos—dijo Marcelo á Rodolfo;—ya estás libre; yo me marchó y recomendaré al portero que no abra si llaman.

—Buenos noches, Marcelo, y gracias.

—Cuando acababa de despedir á su amigo, Rodolfo oyó en la escalera un largo maullido, al que su gato rojo respondió con otro maullido, tratando de escapar sútilmente por la puerta entreabierta.

—¡Pobre Romeo!—dijo Rodolfo,—allí está su Julieta que le esperá; vaya, vete — prosiguió abriendo la puerta á la enamorada bestia, que de un salto atravesó la escalera para ir á caer á los pies de su amada.

Una vez solo con su amante, que ante el espejo iba recogiendo su cabellera con actitud provoca-



tiva, Rodolfo se acercó á Mimi y la estrechó entre sus brazos. Luego, como un músico que antes de empezar á ejecutar su pieza, da una serie de acordes para asegurarse de la buena disposición de su instrumento, Rodolfo sentó sobre sus rodillas á la joven Mimi y aplicó á la nuca un largo y sonoro beso que imprimió una vibración instantánea en el cuerpo de la primaveral criatura.

El instrumento estaba templado.



## XIV

## LA SEÑORITA MIMI

¡ Ah querido amigo Rodolfo! ¿ qué ha podido suceder para que hayas cambiado tan radicalmente? ¿ He de dar crédito á los rumores que corren, y esa desdicha ha podido abatir hasta este punto tu robusta filosofía? ¿ Cómo podría yo, el historiador vulgar de tu epopeya bohemia, tan llena de carcajadas, cómo podría relatar con voz bastante triste la lamentable aventura que cubre con un crespón tu constante alegría, y detiene de pronto el campanileo de tus paradojas?

¡ Oh Rodolfo, amigo mío! Comprendo muy bien que el mal es grande, pero con franqueza, la verdad es que no hay motivos suficientes para tirarse de cabeza al agua. Así, pues, te invito á echar una cruz al pasado lo más pronto posible. Huye sobre todo de la soledad poblada de fantasmas que eternizarán tus dolores. Huye del silencio, pues los ecos de tus recuerdos resonarían aún con sus alegrías y sus dolores pasados. Arroja valerosamente á los cuatro vientos del olvido el nombre que tanto